

nunca visto en la tierra y enteramente nuevo le tenia Dios reservado para darle á luz en nuestros dias, y le dió á luz efectivamente á mi entender en el santo y amabilísimo jóven san Luis Gonzaga, cuyos grandes méritos vamos á elogiar. Sí, oyentes míos : fué tal nuestro Luis que puede aplicársele con mucha razon el citado vaticinio del profeta Jeremías, el Señor ha criado una cosa nueva sobre la tierra. Y ¿por qué? Porque supo coger, por decirlo así, la flor del paraíso terrenal no ménos que la de este destierro, uniendo maravillosamente en sí mismo lo que nadie pudo unir jamas, lo bueno y lo mejor de ambos estados, de la naturaleza humana inocente y pecadora. Esto me empeño yo en haceros ver hoy para su inmortal gloria y provecho vuestro. Así que, dividiendo en dos partes mi oracion, os manifestaré en la primera como gozó Luis de la felicidad y de los privilegios de la inocencia, y en la segunda como contrajo el mérito del padecer propio del estado de la culpa, para inferir de la una y de la otra que Luis fué no solamente un hombre, ó por mejor decir un santo amabilísimo, sino tambien de un carácter de amabilidad maravilloso y enteramente nuevo. Empecemos.

Por las dos lastimosas heridas que se conservan siempre impresas en la mente y el corazon de todos nosotros en este miserable estado en que nos hallamos de ceguedad y de culpa, se puede venir fácilmente en conocimiento de los dos opuestos y singularísimos privilegios que gozaba nuestro primer padre en el estado de su inocencia. Estas heridas son, dice Agustino, la ignorancia y la concupiscencia : aquella que llena de sombras y oscuridad el entendimiento, y esta que deprava la voluntad apartándola del bien é inclinándola al mal; y contrapuestas á las dos eran en el estado de la inocencia, en primer lugar la exencion de todo engaño y error en el conocimiento práctico de las cosas, y especialmente de aquellas, como advierte el docto Suárez, que nos conducen á la eterna bienaventuranza; y en segundo lugar la exencion de toda concupiscencia y de toda mala inclinacion, que hacen al hombre ménos expedito para obrar el bien conocido. Y he aquí insinuados los dos admirables privilegios que distinguieron sobremanera la venturosísima alma de Luis. Primeramente tuvo encendida en su espíritu una vivísima y brillantísima luz, que libertándole de todo error, le hizo formar de las cosas visibles é invisibles,

SERMON

DE SAN LUIS GONZAGA.

(DE TRENTO.)

Creavit Dominus novum super terram.

El Señor ha criado una cosa nueva sobre la tierra.

Jer., c. 31. v. 22.

Poniendo la consideracion en los dos diversos estados de la inocencia y de la culpa en que se halló el primer hombre en dos diferentes tiempos, es fácil comprender, Señores míos, cuán rico y feliz seria en el primero por los privilegios con que le honró y de que le colmó su liberalísimo Criador; pero no es igualmente fácil de entender que le haya traído ningun bien el segundo, el cual por el contrario, segun lo experimentamos, abunda sobremanera de penas y tribulaciones, de infortunios y ayes. Sin embargo quien lo considere atentamente, hallará que aun de este tan calamitoso estado de prevaricacion sacó el hombre algun provecho, del cual no podia tener ninguna prueba en aquel tan envidiable de la inocencia; esto es, un nuevo y grande motivo para merecer en la nueva y grande necesidad de padecer : siendo en orden á esto lo mas singular que ocurre, el que hasta el presente no ha habido en el mundo hombre puramente hombre que haya gozado á un mismo tiempo los beneficios de ambos estados. El mismo Adan que por desgracia de todos sus descendientes pasó del uno al otro, miéntras disfrutó los privilegios de su inocencia, tuvo siempre la felicidad de no experimentar las penas que sobrevinieron despues á su pecado; y cuando comenzó á padecer estas, ya habia perdido miserablemente la posesion de aquellos. Este hombre

del mundo y de Dios, de lo temporal y de lo eterno tan sano y recto juicio, que siempre tuvo el mayor acierto en todas sus operaciones. Prevenido en sus primeros años y casi en su infancia con un rayo celestial y divino, como dice la sagrada Rota, fué ensalzado con un clarísimo conocimiento de Dios, con un generoso desprecio del mundo y con un género de vida sumamente perfecto: tres cosas que bastarian para completar y circunscribir la santidad de cualquiera anciano solitario, y que apénas forman la basa de la santidad de este tierno jóven.

Por lo que toca al conocimiento de Dios ¿de quién sino del Espíritu santo pudo haber aprendido en tan corta edad á conocerle y amarle? ¿de quien á estarse aun siendo niño y acaso sin saber él mismo lo que hacia, orando inmóvil muchísimo tiempo delante de Dios, hablándole y derramando en su presencia lágrimas de ternísimo afecto? Desde el útero me llamó el Señor, hubiera podido decir de sí (1). Apénas fué destetado de los pechos de su nodriza, cuando comenzó á gustar de la dulcísima leche de la oracion, sacando tal jugo de suavísima devocion, que se veía transpirar en todos sus movimientos y en todas sus obras. Yo no sé qué diria á Dios tartamudeando, qué le diria Dios á él, ni cómo ni cuánto se le comunicaria; pero sí sé que desde entónces como un amante que va en busca de sus perdidos amores, así iba por todas partes muy cuidadoso en busca de su Dios: así continuamente se arrodillaba delante de él y se arrobaba hácia él con fervorosas jaculatorias: así desapareciéndose de improviso muchas veces de los compañeros y pueriles entretenimientos, volaba á esconderse en algun rincón excusado para desahogarse con él y entretenerse con él á solas familiarmente. Y aquí, señores, en esta secreta é íntima comunicacion con Dios fué donde se le llamó para una vida perfecta, y donde el santo niño empezó á disponer y á preparar su corazón para aquellas sublimes y no interrumpidas ascensiones ó subidas de que habla el real Profeta (2), y por las cuales así como por otros tantos grados se elevó cada día á mucha mayor santidad, segun habla la misma sagrada Rota. Bien es verdad que poniendo Luis todo su estudio en ensalzarse únicamente á los ojos de Dios con aquellas maravillosas y continuas operaciones interiores que tanto celebró en él santa

(1) *Dominus ab utero vocavit me. Is. c. 49. v. 1.* (2) *Ps. 83. v. 6.*

Magdalena de Pazzi, puede decirse que en su oracion aunque ascendia como sobre una vistosa nubecilla, se ocultaba al mismo tiempo (1). Y ¡ó cuán rápidos y elevadísimos vuelos dió y hasta qué remotas y casi incomprensibles cimas de elevadísima perfeccion se llegó á encumbrar! Aquí fué donde adquirió tan grande poder é imperio sobre sus pasiones y afectos, que ni aun los primeros é involuntarios movimientos, ya de enfado, ya de temor, ya de ambicion, ya de impaciencia se mostraban en su amable y virginal semblante, de suerte que ni aun siquiera en los casos mas extraordinarios é impensados podia notarse el mas pequeño ó leve indicio de alguna pasion desarréglada: aquí fué donde se acostumbrió á dominar de tal manera sus mismos pensamientos respecto á tenerlos siempre fijos en Dios, que á querer unir todas las distracciones que tuvo en tantas horas de retiro y oracion en el tiempo de seis meses enteros, apénas se llegaria á completar, segun confiesa él mismo, el espacio de un *Ave Maria*: aquí fué donde se apasionó de tal modo al retiro, al silencio y á la soledad, que viviendo como anacoreta dentro de un palacio, pasaba la mayor parte del día encerrado en su aposento como en una solitaria cueva, y raras veces sucedia que saliendo de él ó por política ó por obligacion, dijese algunas palabras á sus criados: aquí fué donde se unió y estrechó tan íntimamente con Dios, que no solo pasaba sin advertirlo las tres, las cuatro y las seis horas seguidas en el devoto ejercicio de la meditacion, sino que como si ya fuese en el cielo bienaventurado y comprensor, se hallaba por un habitual y felicísimo éxtasis absorto y embebecido siempre en la contemplacion del divino é inefable Ser; y aquí fué finalmente donde concibió tal desprecio y odio á las cosas mundanas y á todo el mundo, que pareciéndole poco el hollar, segun lo habia hecho hasta aquel entónces aun en las ciudades mas brillantes y en los mas públicos y solemnes espectáculos, como entre otras lo vió la ciudad de Milan en ocasion de un suntuosísimo torneo: que pareciéndole poco, digo, el hollar su orgullo y su pompa con un traje y porte humilde, y no pudiendo sufrirlo mas, resolvió por último alejarse de él y abandonarlo enteramente.

Abríos pues, sagrados recintos, y franqueando vuestro feliz

(1) *Ponis nubem ascensum tuum. Ps. 103. v. 3.*

seno recibid á un alma pura que huyendo de los peligrosos lazos de un mundo infiel, busca en vosotros refugio y asilo. Ya os envía como fieles mensajeros de sus deseos abrasados suspiros: ya libre de cualquiera otro cuidado se figura pasearse vestido de pobre lana dentro de vosotros: ya solamente á vosotros os mira como un fuerte y dichoso asilo de su quietud y de su seguridad. Pero en lo mejor de tan agradables ideas oye que se le intima imperiosamente, así como á David cuando se adelantaba á la conquista de la escabrosa é inexpugnable fortaleza de Sion: no entrarás aquí: (1) no, Luis, aquí no pondrás los piés. No entraréis, le decían personajes ilustres por la grande reputacion de su sabiduría, por su consumado juicio, por sus elevados puestos y su mucha autoridad: no entraréis. En hora buena que el mundo sea peligroso para vos como para tantos otros; pero bien conoceis, gracias al cielo, que aun estando en el mundo puede salvarse el que quiera vivir bien en el mundo. Por otra parte ¿no os arguye la conciencia por tener en tan poco el mucho bien que podeis hacer á vuestros súbditos, encomendados á vos como á príncipe y primogénito del mismo Dios, dándoles buen ejemplo y gobernándolos con rectitud? No por cierto, no entraréis. No entraréis, decían también los gobernadores y comandantes de esta fortaleza, quiero decir, los superiores de la Compañía. No, no sereis admitido, Luis, si ántes no obteneis el permiso y la bendicion del marques vuestro padre, y así habladle primero. Mas no, no entrarás seguramente, Luis, dice su padre, si no quieres tener la complacencia de verme en esta puerta muerto á tus piés. En una palabra, tú quieres quitarme la vida, hijo mio. ¿Tendrás pues valor para pasar por el cadáver de tu padre, y con un hecho tan contrario á la naturaleza abrirte la entrada en la religion? Compadécete, amado hijo, compadécete de mí, de ti y de toda nuestra familia que en ti funda todas sus esperanzas. Y ¿qué hará el pobre Luis rechazado por tantos y tan poderosos contradictores? ¿Cómo ha de forzar un puesto defendido por tan numerosas escuadras, todas con visera calada y las lanzas enristradas y apuntadas contra él? Bien lo vió esto Luis: bien conoció que solo podia hacerse camino por medio de las heridas y de los estragos. Por tanto hé aquí á mi santo jovencito

(1) II Reg. c. 5. v. 6.

retirarse solo á su aposento y en él arrodillarse inmediatamente, desnudarse sus tiernas é inocentes espaldas, y empuñado un áspero azote, derramar sobre ellas una lluvia impetuosa y abundante de terribles golpes, vertiendo á los piés de un crucifijo con un diluvio de llanto un diluvio de sangre. Ay pobre madre! ¿qué será de ti, cuando despues de tan cruelísima carnicería vuelva á tus manos ensangrentada sobremanera y mucho mas que lo acostumbrado la ropa blanca de tu Luis? Ay de ti, digo, que solias lavarla con una copiosa fuente de lágrimas, cuando la veías sucia y bañada en mucha ménos sangre! Jesus y qué dolor! Anda por caridad y detén el inexorable brazo, ó al ménos arranca por fuerza el consentimiento del padre y hazle ceder y ríndele. Mas no hay necesidad de los auxilios maternos, pues el mismo padre al oír el estruendo de los furiosos golpes, echa á correr por todo el palacio, ve por algunas rendijas el lastimoso objeto, y este conquista su corazon, que de semejante batería no pudo absolutamente defenderse. Mira la sangre que grita, oye sus voces, y no pudiendo resistir mas, las da oídos. Basta, Luis, basta: ya has vencido, ya se ha rendido tu padre. Bien puedes entrar en triunfo á tomar posesion de tu amada Sion. Luis entra en efecto, y despues de la guerra obstinada de tres años atormentado de sus heridas y lleno de su propia sangre, toma la fortaleza de Sion (1), y al poner el pié victorioso en sus umbrales dice lleno de júbilo: ó santo lugar! ó término y blanco de mis suspiros! ó bello palacio de mi Señor! tú eres por fin el consuelo de esta alma angustiada y serás la grata habitacion de toda mi vida, donde gozaré de un dulce reposo (2). De este modo mostrando Luis haber sido aun desde su nacimiento, como se explicaba el cardenal Belarmino, llamado para el conocimiento de Dios, para el desprecio del mundo y una vida perfecta, hizo ver que gozaba del primero y singular privilegio, propio tan solo de la naturaleza inocente, por el que no estaba sujeto á engaño en el juicio práctico de las cosas pertenecientes á la salvacion.

Considerad ahora cómo gozó también del segundo, que consiste en la exencion de toda culpada concupiscencia y desarreglada pasion. Trasladaos con el pensamiento, mis amados oyentes, á aquella deliciosa morada llamada paraíso terrenal,

(1) II. Reg. c. 5. v. 7. (2) Ps. 131. v. 14.

donde pasó los pocos días tranquilos de su venturosa vida el inocente Adán. Era una bella cosa verle con un rostro amable y majestuoso pasearse como soberano por aquellas amenas comarcas entre las reverencias y obsequios de todas las criaturas inferiores: era una bella cosa ver arrancar su vuelo desde la punta ya del abrigado collado, ya de la florida planta el canoro pajarillo y ponerse obediente en su mano: era una bella cosa ver salir de su oscura cueva sacudiendo las doradas melenas el soberbio león, ó de la helada gruta meneando su flexible cola el feroz pardo, y mostrarse humilde en su presencia, lamiéndole suavemente cuál la mano, cuál el pié; pero aun era cosa mas bella reflexionar que todo esto ofrecia una imágen de aquel pacífico é interior imperio con que se dominaba á sí mismo y dominaba sus inferiores apetitos, tan subordinados á cualquiera leve insinuación de su voluntad, como lo estaban á cualquiera leve sonido de su voz las panteras y los tigres: imágen que si yo no me engaño, representa al vivo el admirable privilegio de Luis. No puede negarse que tuvo pasiones en su pecho; pero pasiones tan pacíficas y tranquilas, que segun el testimonio de cuantos le conocieron, parecia que no las tenia, ó por lo ménos que no le eran rebeldes. Pasemos en silencio lo demás, y hablemos únicamente de la sensualidad que suele ser entre todos los demás apetitos el mas molesto, sedicioso y turbulento. ¿Quién no sabe que estuvo en él tan domada y sometida á la razón, que nunca sintió los estímulos de la carne ni tuvo el menor pensamiento impuro? Maravillada de esto la sagrada Rota romana, no puede ménos de hacer esta pregunta: Y ¿dónde y de quién, puesto que con el pecado se introdujo en el mundo la rebelión de la carne, dónde y de quién se lee otro tanto? ¿Qué azucena hubo tan cándida en el huerto mas custodiado, qué robusta planta en las solitarias florestas y qué oloroso é incorruptible cedro que no tuviese que sufrir los impulsos y sacudimientos del importuno y caliente austro? No se lee que sepamos cosa semejante en las historias de los santos; pero sí se leen las desconsoladas quejas y los dolorosos gemidos de un Pablo que grita y exclama al cielo: se me ha dado un aguijón en mi carne (1); pero sí se oyen resonar hasta allá en las cuevas de Subiaco y en las selvas del Claraval los inconsolables

(1) II. Cor. c. 12. v. 7.

clamores de los Benitos y de los Bernardos, almas por otra parte inocentísimas; y se ven aquellas espinas y se traen á la memoria aquellas nieves sobre las cuales se revolcaron para humillar el insensato orgullo y debilitar las astutas tentaciones de la rebelde sensualidad. En las rocas mismas de la Palestina resuena todavía el eco de los alaridos de un Gerónimo, combatido incesantemente por este fiero é implacable enemigo; y si se encuentra alguno que por fortuna suya hubiese estado libre de tales asaltos, se hallará que ó no lo estuvo enteramente, ó no lo estuvo toda su vida. Antes ó despues, ó en un tiempo ó en otro, ó en el cuerpo ó por lo ménos en la voluntad experimentaria los estímulos de la carne y el poder de la concupiscencia. Solamente Luis no los experimentó, habiendo tenido la grande dicha de que ni una sola vez, ni aun con el mas leve movimiento se rebelase su virginal carne contra el espíritu, como asimismo de que ni aun pasajeraamente se representase en aquella imaginación angélica una sola idea que no fuese pura. ¡Ó alma verdaderamente rara é inmaculada! ¡Ó tersísimo espejo de pureza no manchado nunca ni aun empañado con ningún hálito inmundo ó impuro, por sutil que fuese! ¡Ó bello y custodiado huerto tan cándido y oloroso por tus frescas y hermosas azucenas! ¡Ó sellada fuente cuyas transparentes y cristalinas aguas no solo no han sido manchadas con las huellas de ningún pié inmundo, sino que tampoco las ha deslustrado ú oscurecido la sombra de ninguna imágen impura! No me recuerde ahora nadie ni los tres niños del horno de Babilonia ni la encendida zarza del monte Oreb. Es verdad que se mantuvieron vivos é ilesos en medio del fuego; pero este fuego que los rodeaba, solamente estaba por fuera, y Luis se conservó del mismo modo en medio de un fuego que arde dentro de nosotros, y no en el seno de un áspero desierto como la zarza, sino en el seno de las cortes y en el seno de los mayores riesgos de las cortes, y además de esto con un temperamento ardiente y fogoso, entre las caricias y halagos de una fortuna propicia, y en suma teniendo al frente los mas poderosos obstáculos y los incentivos mas peligrosos. En una palabra, se decian unos á otros los cortesanos, el marques de Castellón no está formado de carne. Mas lo estaba formado de carne, aunque yo diria que era semejante á la de Adán, cuando servia á este de ornamento y no de peso. Y ¿qué quereis? Así fué del agrado de aquel